

Breve nota sobre la covidrilidad

ALMA LEH

En los meses de noviembre y de diciembre de 2020 se impartió un curso en el CCCB [Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona] que se titulaba: “Desmontando al *hombre*”. ¡Es un título elocuente! De hecho el fenómeno no es nuevo; “el hombre” lleva siendo desmontado unas cuantas décadas. La virilidad entendida a la vieja usanza está claramente en crisis. Hay un declive importante del patriarcado en la sociedad postmoderna. La reacomodación del lugar de las mujeres en la sociedad, su empoderamiento progresivo, el triunfo ideológico del movimiento feminista han dejado a los hombres en una posición incierta. El hombre se ve privado en la actualidad de sus atributos fálicos de antaño y se encuentra en una situación de anomia identitaria. Asistimos a una especie de “desvirilización democrática”¹, como dice Jacques-Alain Miller.

Se suele pensar que capitalismo y patriarcado son solidarios e interdependientes. Por el contrario, pensamos que no lo son. Se trata de una alianza ocasional. El capitalismo es esencialmente oportunista; es capaz de infiltrarse en cualquier medio ideológico y ponerlo al servicio de su lógica del beneficio. De hecho ha colaborado en este desmontaje del hombre con alegría (obtuvo una plusvalía de alegría). El capitalismo no es *esencialmente* un enemigo del feminismo. Por supuesto aprovechó durante siglos la explotación y la invisibilidad del trabajo doméstico y reproductivo de las mujeres. La subordinación de la mujer sirvió y sigue sirviendo, por supuesto, a los intereses del capital. Pero ha descubierto que, más que el patriarcado, le sirve la precarización generalizada tanto de hombres como de mujeres. A partir del siglo XX, la introducción masiva en el mercado laboral de las mujeres brindó al capitalismo la posibilidad de un derrumbe sigiloso de los salarios sin una resistencia clara. Dos salarios apenas bastan hoy en día para el nivel de vida que antes se conseguía con un solo salario. El capitalismo no necesita la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado. ¡El capitalismo ama la igualdad!: en la máxima explotación, con el menor coste posible para frenar la oposición.

Antes los hombres eran invitados a tolerar su explotación recibiendo por compensación la dominación masculina; hoy en día se encuentran en la coyuntura de tener que tolerar su explotación sin el resarcimiento del patriarcado. Lo cual provoca naturalmente una reacción de “cabreo” más o menos consciente en algunos de ellos. El norteamericano Michael Kimmel, en su ensayo *Hombres blancos cabreados. La masculinidad al final de una era*², describe justamente la sensación de confusión, traición e ira, de agravio comparativo, podríamos decir irónicamente, que habita en muchos hombres en las sociedades occidentales. Es esta ira producida ante el desmontaje del hombre la que posiblemente llevó al triunfo inesperado de Trump, en las elecciones estadounidenses de 2016, y al auge de la extrema derecha en un montón de países. Trump

estuvo obsesionado con la virilidad: *Make USA great again* es un ideal eréctil, que ha tenido un éxito irrefutable en EEUU. Y parece funcionar en todos los movimientos nacionalistas: siempre se trata de hacer *great* algún grupo social. Basta con utilizar la peligrosa fusión de dos sentimientos: superioridad y victimismo –fusión emocional fascista por excelencia.

El deseo reaccionario de volver atrás a los buenos tiempos del *establishment* patriarcal, de la dominación masculina sin cortapisas, no se limita evidentemente a los Estados Unidos, sino a toda la sociedad occidental. Podría explicar incluso el terror (terrorista) de los hombres en las sociedades orientales, al ver la dirección en que sopla el viento de la historia. De hecho toda la extrema derecha parece haberse volcado con la virilidad; defenderla parece su objetivo fundamental. Es lo que diferencia la derecha neoliberal, que se limita a lo económico, de la extrema derecha que defiende, además del liberalismo, el regreso al patriarcado más obtuso.

Nos ha llamado la atención el negacionismo respecto a la covid y la bravuconería de los líderes de la extrema derecha que se han negado a llevar mascarilla hasta que no les quedó más remedio que llevarla: Trump, Bolsonaro, etc., etc. El miedo es, al fin y al cabo, de nenazas –lo sabemos desde siempre los que nos hemos criado en pleno patriarcado. ¡Virilidad obliga! –del mismo modo que se dice en francés: *Noblesse oblige*–, obliga a la temeridad. Y con el covid eso ha pasado factura: los supermachos se ven en la obligación de ignorar el virus, el peligro. Deben lanzarse al mundo sin mascarilla o con la mascarilla por debajo de la nariz, o abrigando el cuello, o colgando de la oreja, etc., etc. Se creen con el deber de desafiar el peligro, lo cual les da, además, un *bonus* sádico, la posibilidad de contagiar a los demás, lo cual vuelve la temeridad aún más atractiva.

De hecho esta postura de bravuconería machista existe con todos sus matices en personas de diferentes sectores políticos y no únicamente en la extrema derecha. Muchas personas tuvieron una auténtica dificultad para asumir y enfrentarse con su fragilidad en tiempos de covid. Se trata de un problema subjetivo general, que va más allá del género. Cómo uno se enfrenta con el covid es un problema de cómo uno se enfrenta en general con la castración, para decirlo en términos psicoanalíticos. Por castración hay que entender no únicamente la emasculación, sino las mil pérdidas a las cuales el sujeto es enfrentado en su vida, desde el destete a la enfermedad, la falta en todos sus matices, hasta la mayor de las pérdidas, la muerte definitiva. Asumir la castración es asumir los límites. Por eso la gente joven, poco amiga de los límites, que corre menos riesgos para su propia salud y más alejada se halla de la muerte, suele ignorar el peligro de la covid con obstinación. Enfrentarse con la fragilidad se ha convertido también en una dificultad no solamente para los supermachos o los jóvenes, sino también para las *superwomen*, que siguen una lógica inspirada en la dominación masculina. Como si la fragilidad debiera ser evitada por la mujer emancipada.

Así que el problema de la protección ante el covid, tiene un *background* más general. La cuestión no es desmontar al hombre, sino desmontar la denegación de la fragilidad, *el rechazo generalizado de la castración*, el cual sí es *esencial al capitalismo* en su carrera

incesante hacia el más más más: más producción, más consumo, más beneficio, más goce, más de todo, más más más, y todo ha de ser obtenido ya, sin esperar, al precio que sea, ignorando cualquier límite, incluso el de la supervivencia.

Notas

1. MILLER, JACQUES-ALAIN, “Bonjour sagesse”, *La cause du désir*, nº 95, Abril de 2017, p. 81.
2. Valencia: Berlín Libros, 2019.